

Nancy Kress



**UNA LUZ
EXTRAÑA**



El enfrentamiento galáctico entre ged y humanos ha llegado a Qom, un planeta donde una perdida colonia terrestre ha olvidado sus orígenes y ha vuelto a una sociedad preindustrial. Los ged, una especie galáctica cuya conducta se basa en el sentimiento de lo colectivo, quieren utilizar Qom como experimento para intentar comprender a esa curiosa especie humana capaz de ejercer violencia con otros miembros de la propia especie. Con los ged, los humanos de Qom aprenderán los secretos de la ciencia y la tecnología, mientras los ged, por su parte, esperan comprender el funcionamiento de la mente humana al observar su proceso de aprendizaje.

PRESENTACIÓN

En el seno de la ciencia ficción se ha planteado a veces una disyuntiva bastante absurda: aquella que pretende que hay libros interesantes por sus ideas y otros interesantes por su estilo literario. En realidad cualquier obra literaria, dentro o fuera de la ciencia ficción, debería ser capaz de ofrecer ambos elementos: ideas y estilo. Aunque, desgraciadamente, no siempre sea así.

De ahí que acabe siendo natural que los lectores con mentalidad conceptista resulten más proclives a valorar el fondo (las ideas) que la forma. Por ello suelen aceptar una novela de ideas aunque esté pobremente realizada desde un punto de vista del estilo literario, lo que, desgraciadamente, suele ser el caso más frecuente en la ciencia ficción, cuando menos en el período clásico.

Por otra parte, los culteranos tienden a valorar la forma y el estilo literarios con independencia de la riqueza e interés de las ideas que soporten la narración. Estilistas como Delibes, Borges o Cortázar nos pueden deleitar con narraciones que apreciamos por su estilo formal y el dominio del lenguaje, casi con total independencia de aquello que nos cuentan. Digamos de paso que la mayor atención a los temas estilísticos en la más moderna ciencia ficción se ha prestado, a menudo, en detrimento de la riqueza de ideas, que había sido la característica del género en sus años dorados.

Aunque hay brillantes excepciones (y UNA LUZ EXTRAÑA es una de ellas), no siempre los dos elementos, ideas y estilo, se dan cita en una novela de ciencia ficción. Y de ambos

elementos, el conceptista de las ideas es el que suele quedar mejor trasladado a las versiones en castellano de que dispone el lector español. Desgraciadamente no hay muchos Delibes, Borges o Cortázar realizando traducciones de ciencia ficción, y por ello es habitual que la obra de este género que puede leerse en traducciones al castellano haya perdido quizá mucho del encanto que el estilo y la calidad literaria del original inglés pueda haber tenido.

Viene todo ello a cuento porque UNA LUZ EXTRAÑA, de Nancy Kress, es una novela con sugerentes ideas y especulaciones servida en un envoltorio estilístico y lingüístico de lujo. Uno de esos casos excepcionales en los que resulta evidente que la traducción al castellano puede mantener la riqueza de ideas pero, indefectiblemente, va a perder parte de la gran calidad literaria del original inglés, el cual constituye una verdadera maravilla estilística y de dominio del lenguaje.

Siempre me ha parecido acertado el dicho popular que afirma que cualquier traducción es, en cierta forma, una traición al original, idea que encuentra tal vez su expresión más sencilla y directa en la forma italiana: «traduttore, traditore». Inevitablemente habrá algo de traición en la presente versión castellana de UNA LUZ EXTRAÑA, simplemente porque ni su traductor al castellano, ni la correctora de estilo, ni yo mismo estamos dotados de la gran habilidad literaria de Nancy Kress. Pero el que este hecho puede darse también en muchos otros casos de la edición de ciencia ficción en castellano no me parece razón suficiente para silenciarlo. En cualquier caso, estoy convencido de que aquí presentamos una buena versión de UNA LUZ EXTRAÑA al castellano, pero ello no es óbice, cortapisa ni valladar para reconocer que algo (espero que no mucho) de la riqueza estilística del original inglés se ha perdido irremisiblemente como, de hecho, suele perderse en la mayoría de traducciones.

Sirva la anterior digresión para recalcar el interés del aspecto literario y estilístico de una novela extraña que es, también, una fuente de sugerencias y especulaciones francamente inagotable. Tal y como dice Marta Randall, escritora de ciencia ficción. «UNA LUZ EXTRAÑA es un libro sorprendentemente bueno: imaginativo, con una trama sólida y repleto de personajes fascinantes.»

En lo temático, la novela se permite una profunda investigación sobre el sentido de lo humano a través de interesantes personajes sometidos a un curioso experimento por parte de unos alienígenas.

Los geds son una especie galáctica cuya conducta se basa en el sentimiento de lo colectivo. En su deambular por la galaxia han encontrado finalmente a los humanos, con quienes los enfrenta una guerra decisiva. Pero los esquemas mentales de los geds, basados en la empatía y la colaboración mutua intraespecie, son incapaces de comprender a los humanos con su sorprendente individualidad. Además, según todo lo conocido en la galaxia, el hecho de que los humanos hayan llegado a dominar la propulsión estelar parece reñido con la sorprendente capacidad de los humanos para ejercer la violencia con otros miembros de la propia especie. Para proseguir la guerra, los geds deberán antes comprender a los humanos.

Por ello acuden a Qom, un planeta en el que una perdida colonia terrestre ha olvidado sus orígenes y ha vuelto a una sociedad preindustrial. Los humanos de Qom están escindidos en dos ciudades: Delysia, la ciudad de los mercaderes, y Jela, la ciudad de los guerreros. Se trata de dos comunidades enemistadas y en permanente pugna. Sin embargo, los geds construyeron una gran ciudad amurallada y prometen riquezas y nuevas armas a todos aquellos que se comprometan a residir por un año en la ciudad de los geds. La oferta atrae a varios marginados y aventureros, tanto de Jela como de Delysia.

En el interior del Muro, los humanos aprenderán los secretos de la ciencia y la tecnología, mientras los geds esperan comprender el funcionamiento de la mente humana mediante la observación de su proceso de aprendizaje. Pero los geds, en su ignorancia de lo que configura las principales características de la humanidad, son incapaces de adivinar que la estancia en el interior del Muro hará que algunos de los humanos logren romper las barreras ancestrales que enfrentan a jelitas y delysianos, para deducir mucho más de lo que los geds les quieren enseñar tanto sobre la naturaleza del universo como sobre el sentido de la propia humanidad.

Los geds disponen, como el lector, de todos los elementos para la comprensión de eso tan complejo que llamamos humanidad, aunque en verdad es el lector quien está realmente capacitado para seguir el discurso eminentemente humano de Kress y sus personajes. Porque la novela es, en realidad, una investigación sobre el sentido de lo humano, y así lo ha comprendido la mayoría de comentaristas y críticos. Veamos algunos ejemplos:

En el microcosmos de ese experimento nos vemos a nosotros mismos: hombre, mujer, curador, guerrero, héroe, bruto. Y, en el seno y más allá de ese espectro de diferencias, descansa la respuesta central y única a la paradoja de lo que somos. Kress da a todo ello el papel central en la novela, un asunto de gran amenidad. Esa búsqueda de la comprensión incluye más atractivos que la más excitante batalla espacial.

EAREN MILLER en *Locus*

Nancy Kress ha escrito una novela que disecciona gráficamente las raíces de la violencia humana, mientras afirma la invencibilidad del espíritu huma-

no. UNA LUZ EXTRAÑA es a la vez provocativa y perspicaz.

JULIAN MAY

El planteamiento es precisamente de los más típicos en la ciencia ficción clásica: construir una situación nueva y averiguar cómo se desenvuelven en ella los protagonistas. Junto al interés del contenido temático de la novela, destaca en UNA LUZ EXTRAÑA, como en toda la obra de Nancy Kress, la cuidada atención al desarrollo psicológico de los personajes, a su evolución y maduración personal. Es una combinación que hace cierta la afirmación de Jane Yolen respecto a que la ciencia ficción, a menudo caracterizada como una «literatura de ideas» es, en el fondo, una «literatura de personajes y de ideas». Aquí encontramos a los personajes creíbles y bien diseñados que hacen buena cualquier novela.

También este aspecto de buen hacer simplemente literario y lingüístico ha sido destacado por comentaristas y críticos:

[Kress] es un bicho raro: una narradora nata que elige las palabras con el cuidado de un poeta. Kress me ha hecho pensar y me ha hecho sentir, con tal habilidad que sólo al terminar el libro me acordé de sentirme profesionalmente envidioso.

SPIDER ROBINSON

Nancy Kress tiene el don del verdadero narrador: la habilidad de hacer que sus personajes y aquello que les ocurre sea tan vital que el corazón del lector sufra.

STEPHEN R. DONALDSON

Y nada más, tan sólo recordar que, además de contar con una situación sorprendente y unos personajes francamente creíbles y entrañables, la novela debería ser vista como una interesada exploración de la infinita capacidad de la humanidad para cambiar. Nada más y nada menos.

MIGUEL BARCELÓ

*A Jeff Duntemann,
que me trajo al siglo veinte,
y
a Mary Stanton,
escritora, jefa, amiga.*

I

LA PARADOJA CENTRAL

*Todas las ciudades están cimen-
tadas en el temor.*

JOHN ANTHONY

1

—Uno —dijo el ged—. Desde la tercera puerta.

—¿Qué hace?

—Golpea la pared para escapar.

—Ya —dijo el segundo ged, en las configuraciones gramaticales de un hecho observado. Los dos contemplaron la pantalla mural, que mostraba una habitación gris y pequeña, sin ventanas, bien iluminada, con un humano golpeando la pared. El ged cerró los ojos salvo el central, ubicado tan alto en su frente que el campo de su visión se extendía hasta el cénit, contra la hiriente brillantez. Sus feromonas tomaron un leve tinte de malestar, y el primer ged se aproximó a él, con sus feromonas oliendo a simpatía.

—¿Cuántos han entrado hasta ahora en el perímetro?

—Quinientos setenta. Admitiremos sólo treinta más —dijo el segundo ged aunque por supuesto el otro ya lo sabía; ése era el porqué de su pregunta. Las dos voces eran bajas, vagamente refunfuñantes, casi sin modulación. Por un momento el primer ged dejó que sus feromonas olieran a fatiga, y el olor de simpatía del otro se volvió más fuerte.

—¿Éste?

—Probablemente no. Si vence este temor violento y vuelve a entrar en razón, quizá. Pero ni siquiera ha cogido la gema. Su verdadero deseo parece estar dominado por su violencia.

El humano, que vestía el tebl pardo de un ciudadano jelita, cayó al suelo, enroscándose en una sólida y temblorosa pelota. Los ged observaban, ambos reprimían las potentes feromonas de disgusto por cortesía hacia el otro. La habita-

ción en la que estaban, dentro del doble perímetro del muro que incluía la «ciudad» vacía y expectante, estaba iluminada por el resplandor borroso y anaranjado del sol ged; olía al buen aire con base de metano, de Ged; era una temperatura adecuada para la seriedad de este proyecto de los ged. Pero no era Ged, y ambos estaban tristes. Habrían preferido estar en Ged, o con la Flota, si no fueran necesarios aquí. Cada uno de ellos olía la tristeza del otro, pero no hablaban de ello. No era necesario. Los dieciocho ged dentro del perímetro olían igual.

El primer ged puso en blanco la pantalla mural, volviendo la habitación a su luz normal, y ambos abrieron el alto ojo central. Aunque había sido desarrollado para avistar los formidables predadores dominantes —extintos desde milenios— y ahora era en su mayor parte inútil, había aún un sentimiento de malestar cuando el ojo central estaba cerrado. Los rostros geds —simétricos, lampiños, humanoides, excepto por los tres ojos y una falta de músculo subcutáneo— no mostraban expresión. Ésa había sido una de las cosas más difíciles de entender durante el año que habían pasado observando a los humanos fuera del muro del perímetro: que las grotescas distorsiones de los músculos faciales humanos portaban información. Había sido difícil incluso para la Biblioteca-Mente, a la que le había llevado mucho más tiempo encontrar ese modelo que los modelos del lenguaje. Los ged no esperaban la sofisticación de los feromonas, pero tampoco esperaban espasmos musculares. Ninguna otra especie inteligente, en ningún otro lugar, transmitía información por medio de espasmos musculares.

Una diferencia más que los dejaba perplejos.

—Datos significativos —gruñía muy suavemente la Biblioteca-Mente. Los dos geds se prepararon para escuchar—. Datos significativos. Nivel Tres. Biología confirma que todos los humanos son realmente de la misma especie. La Paradoja Central no está resuelta por la explicación de la multiespecie. —La Biblioteca-Mente ofreció las dos últimas

palabras en las configuraciones de una explicación de la cual se descubrió que era contraria a los hechos.

El primer ged susurraba entre dientes con exasperación. El otro palmeó cortésmente a su compañero en la espalda y en las piernas, emitiendo feromonas de consuelo.

—¡Por lo menos habría explicado la violencia de uno con el otro! —dijo el primer ged.

—Sí, que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará. No estamos más cerca de una respuesta de lo que estábamos, Grax.

—No. Quizá cuando los humanos entren.

El primer ged echó un vistazo a la oscurecida pantalla del muro. El otro hizo lo mismo. En ambas mentes corrían los mismos pensamientos, no porque compartieran la mente, como hacían algunas especies, sino porque los pensamientos eran los que todos los ged, genéticamente similares y tan capaces de una civilización inteligente, tendrían en esta situación. Olieron mutuamente sus feromonas y pensaron en Ged, en defender sus hogares, en la Flota, en la importancia de resolver la Paradoja Central. Pensaron en el tiempo que se agotaba.

2

El río estaba creciendo entre sus orillas; una oscura corriente de agua se movía en dos direcciones a la vez. Una brisa de Primeranoche llevó el perfume del agua de montaña a Ayrys, inmóvil junto a su fuego. Encendido sobre una ancha y desnuda plataforma de roca entre el río y la tierra

alta, el fuego podía ser divisado fácilmente desde las colinas de alrededor; un faro en la profunda tiniebla. Un fuego semejante para un viajero solitario e inepto era una estupidez, o un desafío, o ambas cosas. A Ayrys ya no le importaba.

En la roca, junto a ella, al lado de una botella de vidrio azul, había un cuchillo que ella no sabía cómo usar. La Pequeña Luna se había elevado, cubriendo la sabana de una fría luz blanca. La sabana se agitaba mientras comenzaba nochetrés, esa noche que sólo unas pocas horas antes la había hecho correr con los ojos desorbitados en busca de la seguridad del árido borde de roca. Las vastas agitaciones de la sabana parecían haber terminado finalmente. ¿Y ahora qué? Criada en la ciudad, ella no lo sabía. El crepúsculo había sido bastante extraño.

Exactamente detrás del borde de roca, una enorme planta kemburi, que se había tendido tranquilamente, absorbiendo la luz del sol todo el diatrés, había deslizado vastos zarcillos esponjosos formando una densa bola contra el frío que se acercaba. Un zarcillo se había arrollado alrededor de un pequeño animal de ásperas orejas que Ayrys no podía identificar, era como una pequeña bolsa de calor en movimiento. El zarcillo lo había llevado hacia el interior del kemburi; el animal había gritado una sola vez.

Detrás del kemburi, unos arbustos espinosos habían disparado súbitamente sobre la hierba agudas púas que transportaban esporas. Pequeñas flores silvestres, que habían crecido febrilmente en el resplandor desde Primeramañana hasta Ultimaluz, doblaban, en forma igualmente rápida, brillantes pétalos bajo las espinosas hojas exteriores. Una cosa invisible había esparcido un picante aroma en el viento y otra cosa también invisible había respondido con un rápido crepitar de ramitas. Toda la sabana se había plegado sobre sí misma contra la noche; una espinosa piel verde, opaca, se arrastraba abajo, sobre la roca, y cuando había comenzado la irrupción vegetal ningún animal aullaba ni se movía.

Ahora se estaban moviendo de nuevo.

Ayrys se trasladó fatigosamente desde el fuego hasta la orilla del río, se arrodilló y hundió sus manos para tantear las bolas de arcilla que había pegado bajo el colgante de roca. Las bolas aún estaban allí; así pues, el río no estaba creciendo tan rápidamente como había temido. No se desbordaría —por lo menos en este tramo— hasta que hubiera pasado la nochetrés. Podía esperar aquí, si quería, hasta Primeramañana.

¿Por qué debería esperar? En pocas horas más, Gran Luna se elevaría, facilitando luz suficiente para caminar. No había razón para esperar. No había razón para no esperar.

Embry...

Con los ojos fuertemente cerrados y la mano aún hendiendo el agua fría, Ayrys esperó este nuevo golpe de dolor. Pasaría; eso lo había aprendido ya en sus tres días de exilio. Siempre pasaba. Hundió las uñas de una mano en la muñeca de la otra y aguardó.

El fuego había disminuido. Ayrys lo reavivó, alimentándolo hábilmente con ramitas y hierba, aprovechando al máximo cada trozo. Había una pila de leña vieja junto a otra de hierba alta, como puntas de tenedor, que inexplicablemente crecía en algunos lugares de la sabana y no en otros. Un buen encendedor de fuego, pensó burlonamente; todos los sopladores de vidrio eran buenos encendedores de fuego. Era la primera cosa que había hecho bien en su exilio de Delysia, lleno de traspiés.

Cuando el fuego llameó otra vez, Ayrys se sentó en cuclillas y se quedó contemplándolo. La luz del fuego se deslizaba sobre las curvas de la botella azul. En la tierra oscura susurraba la hierba; olía a zarza y algún olor penetrante que Ayrys no podía identificar. Detrás de la sabana se extendía más sabana, siempre en pendiente hacia abajo, hasta que en alguna parte tres días detrás de ella yacía el amplio valle que se deslizaba hacia el mar. Y Delysia. Y Jela. Y delante, más alto en las montañas...